

La novia
de Ivy Green

La novia de Ivy Green. Libro 3 de la serie *Historias de Ivy Hill*

Título original: *The Bride of Ivy Green, Tales of Ivy Hill 3*

© 2018 by Julie Klassen

Originally published in English under the title:

The Bride of Ivy Green

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: © Ayal Ardon/Arcangel Images

Primera edición: noviembre de 2019

Depósito legal: M-xxxxxxxxxxxxxx-2019

ISBN: 978-84-16973-97-2

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Historias de Ivy Hill

A decorative rectangular border with a thin grey line, featuring ornate floral and vine motifs in the corners and along the sides.

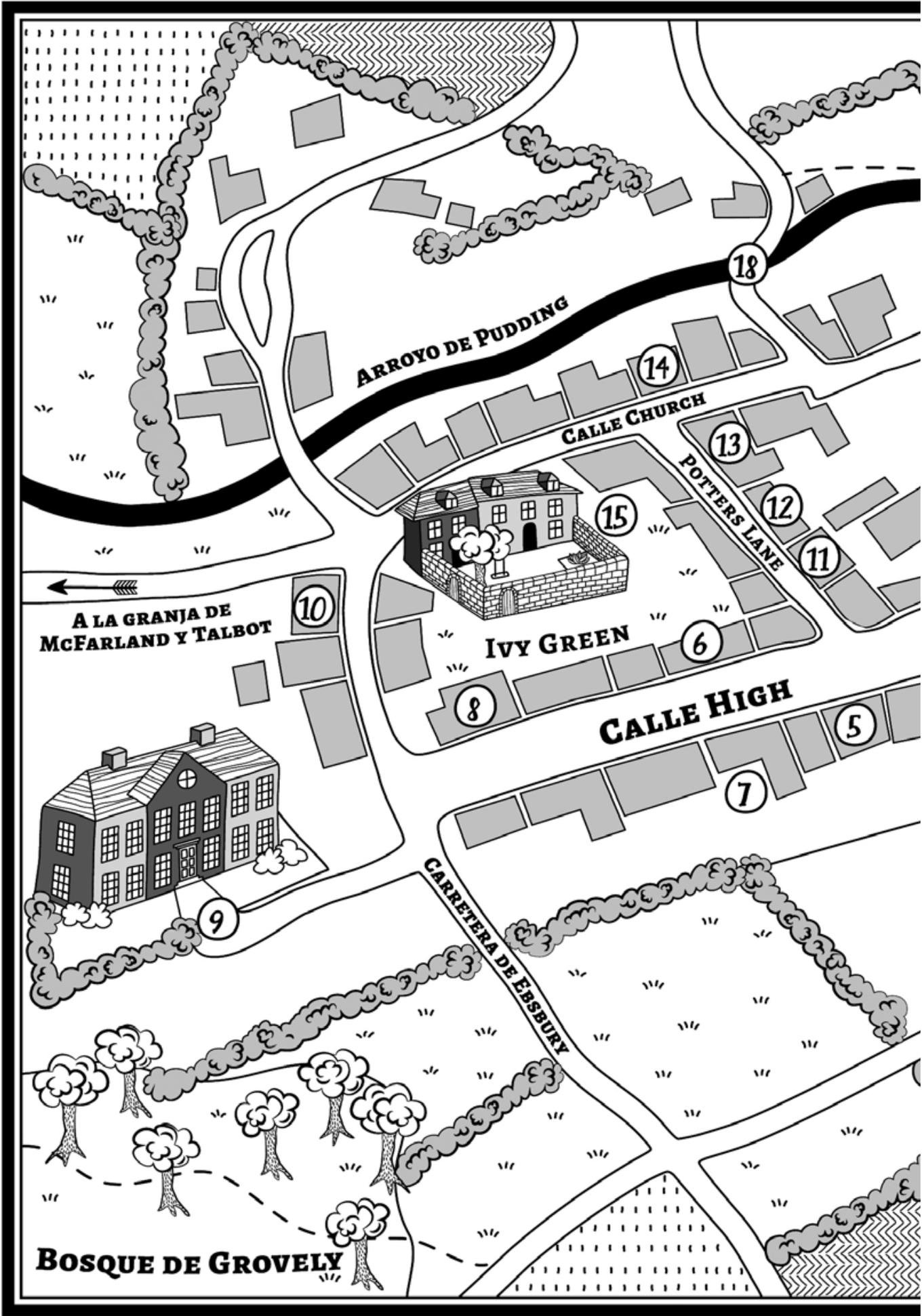
La novia de Ivy Green

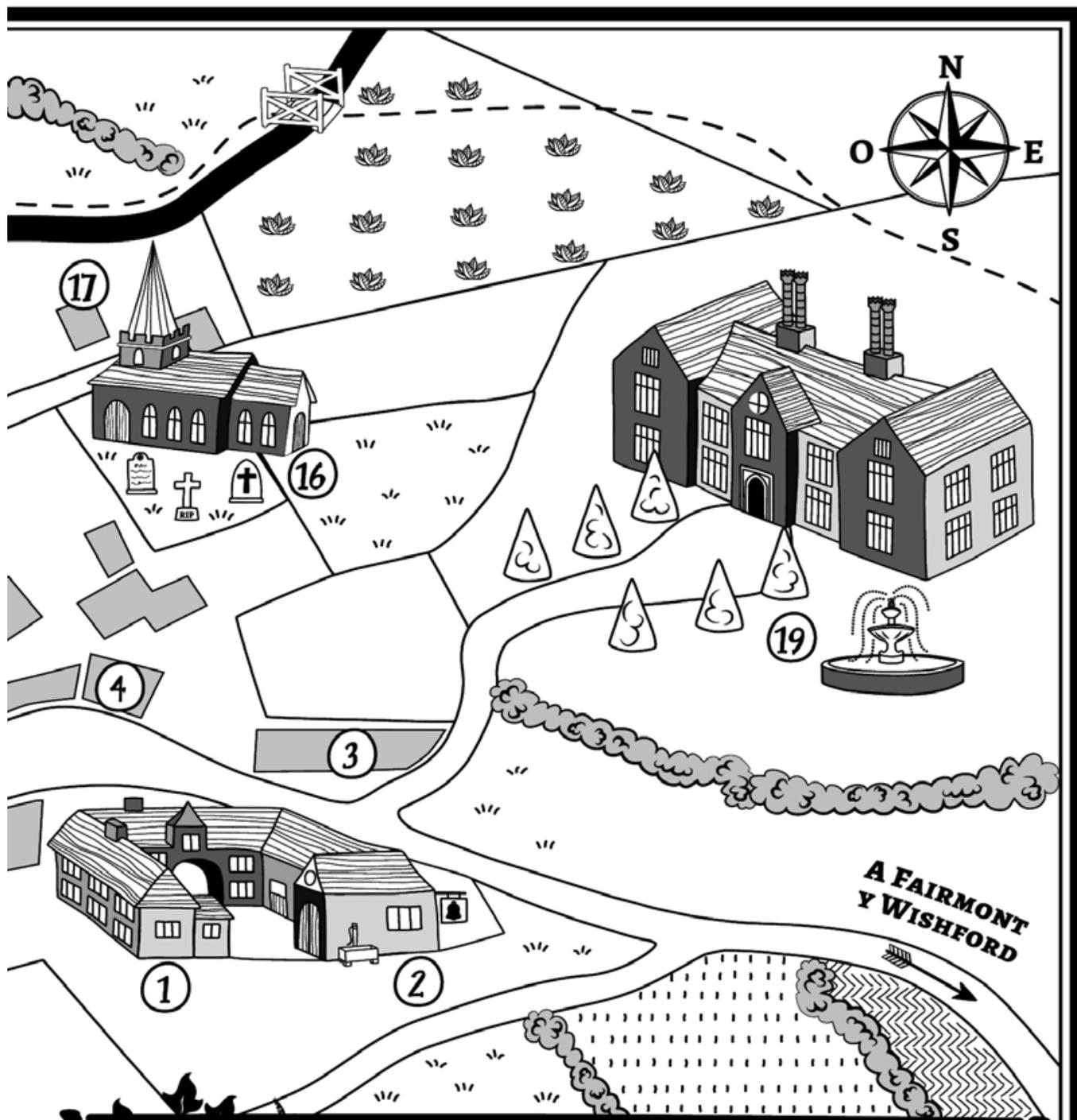
JULIE
KLASSEN

Libros de
seda

*A Karen Schurrer,
agradecida por tu talento, tu entrega a la historia, tu apoyo
y estímulo durante tantos años de dedicación a la escritura.
Es toda una bendición contar contigo
como editora y como amiga.*







IVY HILL

1 - La posada, Bell Inn
 2 - Establos y alojamientos
 3 - Ruedero
 4 - Herrador
 5 - Tienda de Prater

6 - Modista
 7 - Botica
 8 - Banco
 9 - Thornvale
 10 - Asilo de ancianos

11 - Cárcel
 12 - Ayuntamiento
 13 - Taberna
 14 - Panadería
 15 - Ivy Cottage
 16 - Iglesia
 17 - Vicaría
 18 - Puente de Packhorse
 19 - Brockwell Court



MADAME VICTORINE

(de París)

Sombrerera y Modista
4 Stratford Place, Hastings.
West Sussex Advertiser, hacia 1850

.....

E. CLAPHAM

Modista y diseñadora de abrigos y capas,
tiene el placer de informar a todas las damas
de Leeds y de sus alrededores de que
acaba de poner a la venta una colección
de modelos recién llegados de Londres.
Aquellas distinguidas damas que lo deseen
pueden verlos y, si son de su interés, encargarlos.
Serán atendidas con el esmero habitual,
y tengo la seguridad de que quedarán encantadas.
Se necesitan dos aprendizas.

The Leeds Intelligencer, 1798

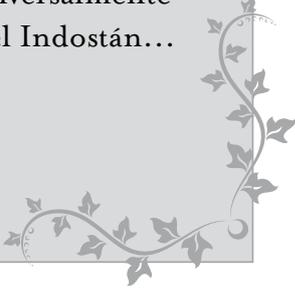
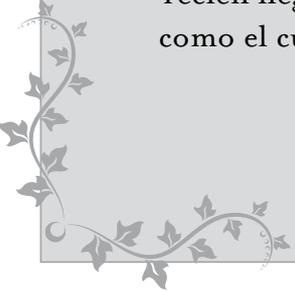
.....

CASA DE FIERAS DE POLITO

Sin discusión, la más grande, importante y completa
colección de excepcionales y magníficos animales vivos
jamás mostrados en todo el mundo, ahora a su alcance.

El público asistente podrá contemplar el increíble
CABALLO CON UN CUERNO DE NILGHAU,
recién llegado de la India, y reconocido universalmente
como el cuadrúpedo más elegante de todo el Indostán...

Perthshire Courier, 1816



CAPÍTULO
I

Febrero de 1821
Ivy Hill, Condado de Wilts, Inglaterra

Mercy Grove no podía aplazar más la penosa tarea. Su hermano se había casado hacía muy poco y estaba a punto de regresar del viaje de luna de miel. Así que, de manera inmediata, se trasladaría junto a su esposa a vivir a Ivy Cottage, la casa que ella misma y la tía Matilda habían considerado siempre como propia.

El señor Kingsley y uno de sus sobrinos ya habían trasladado las estanterías y los libros a su nueva ubicación, la biblioteca circulante situada en el antiguo edificio del banco, y también habían ayudado a redecorar la habitación para dedicarla a salón principal. Ahora le tocaba hacer lo mismo con el aula.

El señor Basu había subido al desván los pupitres, los globos terráqueos y los libros de texto. Solo faltaba quitar su adorada pizarra de la pared. Resignada, le pidió al criado que la bajara, pero él se quedó quieto, apretándose los labios con los nudillos y con una expresión de incertidumbre dibujada en su moreno rostro. La miró con cierto aire de disculpa anticipada.

—Tranquilo, señor Basu. Si se rompe, pues se ha roto, qué le vamos a hacer —dijo Mercy, con un tono de indiferencia que estaba muy lejos de sentir. Se recordó a sí misma que ya no era profesora, pero pese a todo quería conservar intacta la magnífica pizarra. Por si acaso.

Se acordó de las palabras de consuelo de su padre: «Sé que vas a echar de menos tu escuela. Pero, al menos, en el futuro podrás ayudar a educar a los hijos de George». En cualquier caso, dado que su hermano acababa de casarse, faltaba aún bastante tiempo para eso.

Mientras ambos miraban la gran pizarra enmarcada, oyeron que alguien llamaba a la puerta. El señor Basu se acercó rápidamente a abrir. Se le notaba muy aliviado por poder dejar para más adelante la tarea encomendada.

Un momento después, su tía asomó la cabeza por la puerta del aula.

—Mercy, ha venido el señor Kingsley.

—¡Ah! No sabía que lo esperábamos.

—Pues... resulta que le comenté que no sabías cómo te las ibas a arreglar para descolgar la pizarra sin que se rompiera y se ha ofrecido a ayudar.

—Tía Matty, el señor Kingsley ya nos ha ayudado mucho. Seguro que...

Antes de que pudiera terminar la objeción, su tía abrió más la puerta y pudo ver a Joseph Kingsley de pie detrás de ella, con el sombrero en la mano. El pelo, de color rubio arena, aún parecía mojado tras un baño reciente.

—Buenos días, señorita Grove.

Mercy se llevó la mano a la garganta. ¿Podría notar hasta qué punto se le había acelerado el pulso? Se tapó el cuello con la pañoleta.

—¡Señor Kingsley! Gracias por venir, aunque... ¿no tenía cosas que hacer en Fairmont House?

El hombre encogió los hombros.

—Bueno, supongo que mis hermanos serán capaces de prescindir de mí, al menos por esta mañana. Además, el trabajo se ha reducido mucho por la prolongada ausencia del señor Drake.

James Drake se había llevado a Alice a casa de sus padres para presentársela. Mercy todavía no los había visto desde su regreso. ¡Había echado mucho de menos a su querida niña!

La tía Matilda, con los ojos chispeantes, se dio la vuelta para irse de la habitación.

—Ahora que está aquí el señor Kingsley, el señor Basu y yo vamos a bajar a ver si la señora Timmons necesita ayuda en la cocina.

«No es que haya sido muy sutil», pensó Mercy, que notó cómo se ruborizaba a su pesar.

Tras cerrarse al puerta, Joseph Kingsley dio un paso adelante.

—Supongo que ha salido de viaje durante las vacaciones. Vine de visita una vez, pero solo estaba el señor Basu en casa.

¿Había visitado Ivy Cottage en su ausencia? Desde su vuelta se había encontrado varias veces con él y no se lo había dicho, quizá porque estaba acompañado por su sobrino.

—Siento no haber podido recibirle cuando vino. ¿Necesitaba... alguna cosa?

—No, nada en especial. Solo quería saber qué tal le había ido, y si había pasado unas felices Navidades.

—Ha sido usted muy amable. La tía Matilda y yo pasamos unos días en Londres con mis padres, y después viajamos hacia el norte para ir a la boda de mi hermano.

—¿Viajó usted sola con sus padres y su tía?

—Sí. ¿Por qué?

El hombre miró hacia abajo, dándole vueltas al sombrero que tenía entre las manos.

—Creo recordar que tenía pensado darle una respuesta a su pretendiente antes de Navidad.

De nuevo se ruborizó, avergonzada. ¿Por qué había hecho cargar al pobre señor Kingsley con todas sus dudas y congojas?

—Pues sí, se la di.

—¿Y puedo preguntarle cuál fue?

Hizo un gesto señalando la habitación vacía.

—Creo que es obvio, ya que estamos desmantelando el aula para hacer sitio a los nuevos señores de la casa.

Él hizo una mueca, y Mercy se arrepintió inmediatamente de la aspereza de su tono.

—Perdóneme, por favor —se disculpó—. Sé que no debo ser rencorosa. Pensaba que había aceptado la situación y me había hecho a la idea, pero parece que no es así.

—La entiendo. No quería dar nada por hecho. El profesor debe de estar terriblemente decepcionado.

—No lo sé. Me escribió para decirme que iba a aplazar su retiro un trimestre más. Supongo que piensa que he hecho una tontería al rechazarlo. Desde luego, mis padres sí que son de esa opinión.

—Pues yo no estoy en condiciones de decirle si ha sido o no una decisión acertada. No es que me apene saberlo, simplemente me sorprende. Su madre lo describió como alguien perfecto para usted. Educado, muy leído y culto, profesor en Oxford... No hay muchas personas en los alrededores tan preparadas.

—Puedo asegurarle que no soy tan exigente —repuso ella mirando al suelo.

—Pues debería serlo. Usted se merece lo mejor, señorita Grove.

A Mercy le pilló por sorpresa su tono de absoluta sinceridad. ¿Acaso quería ocupar el lugar dejado por el profesor? Pero cuando reunió el valor suficiente para mirarlo a los ojos, él rehuyó su mirada de inmediato.

La mujer tragó saliva.

—¿Y usted, señor Kingsley?

—¿Yo? Jamás me consideraría adecuado, pues no tengo la educación...

Lo interrumpió enseguida:

—Quería decir que si ha pasado unas felices Navidades.

—¡Ah! —Se ruborizó como un colegial—. Pues... sí. He pasado las fiestas con mis padres y mis hermanos, y la Epifanía con... en Basingstoke.

—¿Basingstoke? ¿Con la familia de su esposa?

El hombre no pudo disimular su sorpresa en el semblante. Ella se apresuró a continuar:

—En una conversación, usted mencionó que fue allí donde conoció a su esposa. —«Y donde murió durante el parto solo un año después de la boda. Ella y el pequeño», recordó para sí Mercy.

Alzó un poco la cabeza y se rascó el cuello.

—Exacto. —Se volvió de repente hacia la pizarra colgada de la pared—. Bueno, a ver cómo nos las apañamos para bajar esto de aquí.

Al darse cuenta de su incomodidad, Mercy se arrepintió de haber sacado a colación a su esposa.

Él se acercó y pasó los dedos por el marco.

—Haré lo que pueda, pero es frágil. El riesgo de que se rompa es grande.

—Me doy cuenta, pero no se preocupe. Si hay alguien que pueda hacerlo es usted.

—Procuraré levantarla, pero no tengo mucha experiencia con este tipo de pizarras tan grandes. Necesitaré ayuda para sujetarla cuando empiece a retirar el marco de la pared. ¿Cree que podríamos contar con el señor Basu?

—Sí, claro. Voy a decirle que venga.

El criado la siguió hacia el aula a regañadientes, avanzando sin hacer ruido gracias a sus zapatillas de cuero. Se colocó al otro lado de la pizarra, esperando instrucciones, mientras miraba alternativamente al señor Kingsley y a Mercy, con un brillo de curiosidad y suspicacia en los ojos.

Joseph sacó una palanqueta de su caja de herramientas. Los dos hombres volvieron la vista hacia ella.

—¿Está usted completamente segura? —preguntó el señor Kingsley.

Sus palabras parecían ir más allá de su significado literal.

Asintió con la cabeza, por miedo a que se le quebrara la voz. No quería que nada se rompiera ese día.

Joseph Kingsley le mantuvo la mirada un momento y después se dirigió al señor Basu:

—Por favor, sujete ese extremo con firmeza mientras yo hago palanca por aquí.

Los dos hombres trabajaron en silencio y con mucho cuidado, mientras Mercy contenía el aliento. Cuando liberaban la última esquina de la pizarra, sonó un leve crujido y apareció una línea dentada en el vértice.

—¡Vaya por Dios! —murmuró Kingsley.

El señor Basu también masculló algo en su lengua materna.

La mujer se llevó la mano a la boca. Aquel ruido le llegó directo al corazón.

El señor Kingsley la miró por encima del hombro con expresión muy compungida.

—No sabe cuánto lo siento, señorita Grove.

—No ha sido culpa suya. Por otra parte, tampoco tenía muy claro qué iba a hacer con ella.

Quitó con mucho cuidado el trozo que se había roto y después, entre ambos hombres, alzaron el marco.

—¿Dónde la ponemos?

—De momento, la guardaremos en el ático. —«Allí, almacenada junto al resto de mis sueños y esperanzas», pensó. Se recordó a sí misma que Dios no

aseguraba la felicidad y la vida fácil. Pero sí prometía paz y alegría a los que confiaban en él, y estaba decidida a lograr ambas cosas. De alguna manera.



A la mañana siguiente, bastante temprano, Mercy y Matilda se unieron a los criados con la limpieza para dejar Ivy Cottage en perfecto estado para sus nuevos dueños y residentes principales. Había mucho que hacer y pocas manos para la tarea.

Becky Morris se ofreció a pintar las paredes de lo que había sido el aula, que lo pedían a gritos después de retirar la gran pizarra. Para ahorrarle al señor Basu la limpieza de las ventanas por fuera, pues ya no era tan joven y el trabajo era arduo, Mercy le pidió prestada una escalera muy larga a la propia Becky y le encargó esa tarea a uno de los hermanos Mullin. El muchacho, muy robusto, siempre estaba buscando faenas extra. También ayudó al señor Basu a bajar los muebles del antiguo dormitorio de sus abuelos, que llevaban diez años guardados en el desván.

Después de tanto gasto extra, ahorraron a base de comidas simples, reduciendo las raciones de carne, aunque planearon una cena más copiosa para darles la bienvenida a casa a Helena y George. Siguiendo la sugerencia de su madre, contrataron una asistente de cocina para que ayudara a la señora Timmons. Su padre le había dicho que aumentaría la asignación para ello, pero aún no lo había hecho. Mercy confiaba en que lo haría para ayudar a cubrir los gastos, sobre todo ahora que iba a dejar de ingresar dinero con la escuela.

Trabajaron sin descanso hasta el regreso de su hermano. Se suponía que la pareja de recién casados llegaría sobre las cuatro. A las tres y media, la vieja señora Timmons sudaba copiosamente y tenía la cara encendida por el esfuerzo, siempre cerca del horno, y la nueva ayudante de cocina, Kitty McFarland, parecía a punto de romper a llorar. Agnes Woodbead, la criada, no paraba de correr de la cocina y el comedor y viceversa, colocando sobre la mesa la mejor vajilla de porcelana, la cubertería de plata y los arreglos florales procedentes del invernadero de la señora Bushby.

Mercy y Matilda también iban a toda prisa de un lado para otro, estirando y colocando por aquí y por allá y dándole los últimos retoques al restaurado dormitorio de los recién casados. Mercy puso un jarrón con flores de invernadero sobre la mesita de noche, comprobó que las toallas, recién lavadas y perfumadas, estaban bien colocadas y dobladas en el lavamanos y alisó el cobertor de encaje, comprado en la tienda de la señorita Cook.

La habitación quedó preparada y perfecta, pero al pasar al lado de uno de los espejos, se dio cuenta de que ellas no lo estaban.

—Tía Matty, quítate el delantal. Van a llegar en cualquier momento.

Matilda miró a Mercy mientras se lo quitaba.

—Pues tú, querida, tienes que cambiarte de vestido y peinarte.

—Igual deberíamos cambiarnos las dos.

Al ver su distraída forma de asentir y de mirarla se dio cuenta de que su tía estaba tan nerviosa como ella ante la llegada de la pareja.

Las dos mujeres fueron a sus respectivas habitaciones y se ayudaron mutuamente a ponerse los vestidos más adecuados para recibir a los nuevos habitantes de Ivy Cottage. Mercy se cepilló el pelo y se puso las horquillas, volviéndose hacia su tía para que le diera su aprobación.

—¿Todo bien?

—Estás estupenda, querida. ¿Y yo?

La joven le miró la cara, pequeña y ligeramente ruborizada, después el vestido, de color amarillo pálido y pasado de moda, y finalmente el cabello rizado y algo ralo. Le quitó del pelo una telaraña extraviada y le alisó un mechón rebelde.

—Perfecta. Recuerda, tenemos que comportarnos de forma exquisita. Ahora somos las invitadas.

—Lo intentaré —asintió Matilda.

Al llegar el coche de alquiler, esperaron en el vestíbulo mientras el señor Basu salía a recibir a los recién llegados. Iba bastante más arreglado de lo habitual, con la chaqueta de vivos colores muy bien planchada y los pantalones anchos. Como siempre, se cubría el pelo negro con una gorra de algodón.

A través de la ventana vieron a un mozo descender del pescante para bajar la escalerilla y abrir la puerta del carruaje. Después se apresuró a volver a la zona de portaequipajes para desatar el baúl y las maletas y entregárselas al señor Basu.

George, alto y elegante, fue el primero en descender y se dio la vuelta de inmediato para ayudar a bajar a su refinada esposa. Helena tenía un aspecto principesco, con un vestido de viaje púrpura y oro y un sombrero muy a la moda. Echó un vistazo a Ivy Cottage y, según pudo notar Mercy, no pareció muy impresionada con lo que vio.

A la joven señorita Grove se le encogió el estómago. Le pidió a Dios en silencio que el primer encuentro resultara agradable y que Helena mostrara su aprobación respecto al servicio de la casa, pues los sirvientes temían perder el empleo en caso de no agradar a la nueva señora. Salió del coche otra mujer, con el pelo oscuro y vestida con un traje negro de sirvienta, que llevaba en la mano un montón de cajas. La doncella personal de su cuñada, supuso Mercy. Esperaba que Agnes hubiera preparado también la habitación contigua a la suya.

Le latía aceleradamente el corazón. «No seas bobá, solo son tu hermano y su mujer», se dijo. No había nada de lo que asustarse. A su lado, la tía Matty le agarró la mano con fuerza.

Mercy salió a abrir la puerta, pero Matilda la sujetó, señalando con la cabeza a Agnes, que se había puesto su mejor vestido y el delantal, todo recién lavado y planchado. Era ella quien debía abrir. Supuso que su tía tenía razón. La

primera impresión era importante. Una dama como la antigua señorita Helena Maddox estaría acostumbrada a que fuera un criado quien abriera la puerta. Seguramente preferiría que lo hiciera un sirviente alto y elegante, pero aquí tendría que conformarse con Agnes Woodbead y con el silencioso señor Basu. Al menos de momento. Se preguntó si la esposa de su hermano haría cambios o, más bien, cuándo empezaría a hacerlos. Inmediatamente se convertiría en la responsable de gestionar la casa, y lo haría con su propio criterio, sin duda.

Cuando entró en el vestíbulo, George le apretó los brazos y le dedicó una amplia sonrisa.

—¡Bueno, pues aquí estamos!

—Bienvenido a casa, George —saludó la tía Matty, sonriendo a su vez.

El hombre besó en la mejilla a su tía y a Mercy, y después se volvió hacia su esposa, Helena.

—Supongo que os acordáis de mi encantadora esposa, ¿verdad?

—Pues claro que sí, George, ¿cómo no se van a acordar? —replicó la aludida con cierta frialdad—. Nos conocimos en la boda. Y, como sabes, tengo nombre.

—Por supuesto que lo tienes, Helena. Aunque yo prefiero llamarte señora Grove. —Le guiñó el ojo. Ella hizo caso omiso a la broma.

—Es un placer volver a verte, Helena —dijo la tía Matty.

—Sí, bienvenida a Ivy Cottage. Deja que Agnes recoja tus cosas —añadió Mercy, al darse cuenta de que el señor Basu seguía llevando el equipaje por la puerta de servicio.

La recién llegada observó la sencilla figura de Agnes y arrugó ligeramente el entrecejo. Mercy se recordó a sí misma que no debía prejuzgar a su cuñada. El hecho de que se hubiera criado en una familia adinerada no significaba necesariamente que fuera una mujer muy crítica y difícil de agradar. O al menos eso esperaba...

Le dirigió una sonrisa.

—La cena estará preparada enseguida. Y supongo que querrás refrescarte un poco antes, ¿no es así?

—¿La cena...? ¿Tan pronto? ¡Ah, claro! Esto es el tradicional condado de Wilts, con sus encantadoras costumbres rurales. Nosotros estamos habituados a cenar más tarde. Necesitaré tiempo para descansar y cambiarme.

A Mercy se le borró la sonrisa al pensar en la pobre señora Timmons y en sus esfuerzos para preparar una comida elegante y tenerlo todo en el momento justo.

—Y un baño caliente, si es tan amable —continuó Helena, dirigiéndose esta vez a Agnes.

¿Un baño caliente... ahora? Cada centímetro del horno y la cocina estaba cubierto de ollas, cacerolas y sartenes, y el escaso personal de servicio no disponía de tiempo para prepararlo.

George miró sucesivamente a las mujeres que lo rodeaban e intervino:

—Querida, ¿no podría esperar un poco tu baño? Me llega el aroma de la cena y se me está haciendo la boca agua. Hace mucho que no pruebo los excelentes guisos de la señora Timmons. Vamos, querida... Ya tendremos tiempo de cambiar los horarios de las comidas, pero ahora todo está preparado.

Mercy agradeció de todo corazón la intervención de George, que en ese momento se parecía menos al extraño que vio en la boda y más al fraternal hermano mayor de siempre.

Los ojos azules de su esposa brillaron, fríos como el hielo.

—No permita Dios que te pierdas una buena comida, querido. Si el baño debe esperar, que espere. Pero por lo menos voy a necesitar una hora para descansar y cambiarme. —Dio unos golpecitos en el chaleco de George y miró a Mercy—. Como puedes ver, la vida de casado le sienta bien a tu hermano, señorita Grove. Desde que nos casamos, ha engordado más de un kilo. Durante nuestro viaje de bodas, no ha parado de probar las exquisiteces de cada ciudad y pueblo.

Su atractivo hermano esbozó una sonrisa incómoda.

—¿Y por qué no? He tenido la magnífica oportunidad de probar las especialidades que no conocía de muchas regiones.

—Suenan de maravilla —asintió Matilda—. Tenemos muchas ganas de que nos contéis cosas de vuestro viaje.

Cuando los recién llegados subieron a descansar y cambiarse, Mercy se acercó a la cocina a toda prisa para informar a la señora Timmons de que la cena se iba a retrasar. La cocinera gruñó. Dudaba de que el sabor pudiera conservarse tras mantener la comida caliente durante una hora o más, y apostó su paga, que predijo que sería la última, a que la mandarían a hacer gárgaras por servir pudín de Yorkshire pasado, carne recalentada y salsas solidificadas.

—No se preocupe, lo entenderá —aseguró Mercy, intentando animarla—. Al fin y al cabo, ha sido ella la que ha pedido que se retrasara la cena.

Por lo menos confiaba en que lo comprendiera. Kitty y Agnes eran todavía muy jóvenes y podrían encontrar un nuevo empleo, pero si Helena despedía a Zelda Timmons y al señor Basu, a ambos les costaría mucho encontrar un trabajo. La cocinera debido a su edad, y el criado porque era extranjero en una zona en la que la mayoría de la gente no era muy proclive a contratar sirvientes de otra raza. Ambos eran de fiar y muy trabajadores. Esperaba que la esposa de su hermano llegara pronto a esa misma conclusión.

Una hora más tarde, Mercy llegó la primera al comedor y vio a la nueva señora Grove bajar las escaleras con un alegre vestido de color azul añil y cuello de encaje. La mujer, más bien pequeña, tenía la piel muy tersa y los rasgos clásicos y delicados. El gesto de la boca era algo frío y hasta arrogante, pero los rizos rubios le daban un aspecto angelical. Ahora llevaba el pelo arreglado, con trenzas que le recorrían la cabeza de oreja a oreja y rizos bien sujetos con horquillas que caían sobre la frente como borlas de cortinas.

A su lado, Mercy se sintió excesivamente grande, desgarbada y mal vestida, sobre todo al notar que su cuñada se quedaba mirándola y, probablemente, la censuraba en silencio. O quizá le daba lástima.

Cuando todos estuvieron reunidos y se sentaron, Helena recorrió la mesa con la mirada, observando la sopera, el pescado y los platos que seguirían. Después de dos meses de comidas más bien escasas, Mercy sintió que su estómago emitía una especie de gruñido expectante.

—¡Menudo banquete! —dijo Helena—. ¿Siempre cenan así de bien ustedes dos?

—No, qué va. Pero queríamos que tu primera cena aquí fuera especial.

—Entiendo.

—La señora Timmons lleva muchos años con nosotros —añadió Mercy—. Hace muy poco hemos contratado una ayudante de cocina, a propuesta de mi madre.

—Espero que su padre haya aumentado la asignación para los gastos de la casa. Le sorprendió que abordara ese asunto en público.

—Tiene la intención de hacerlo, lo sé.

—George, tendrás que escribirle. No quiero que se emplee mi dote para pagar la cuenta del carnicero.

—Sí, mi amor. Lo haré de inmediato.

Cuando empezaron con el siguiente plato, Matilda cambió de asunto de conversación.

—George, ahora que has vuelto a Inglaterra, ¿qué vas a hacer?

Fue su esposa la que contestó, muy sonriente:

—¡Ah, tenemos muchas expectativas! Tal vez el Parlamento.

—Ya —murmuró Matilda, aunque su expresión era de duda.

—¿Se supone que esto es pudin de Yorkshire? —preguntó Helena, mostrando una informe masa en su tenedor.

—Sí. Hecho en tu honor.

No pareció muy impresionada, y menos aún al servirse con un cucharón la salsa, llena de grumos.

La tensa atmósfera que se respiraba en la estancia hizo que Mercy no disfrutara de la generosa cena. Se dio cuenta de que la tía Matty comió bastante frugalmente.

Confiaba en que las cosas mejorarían a medida que se acostumbraran los unos a los otros. Después de todo, en los últimos meses se habían producido muchos cambios, y esperaba que también fueran capaces de superar este. Dios siempre prometía paz y alegría, se recordó. «Vivid en paz y alegría».

El primer día de marzo, Mercy se envolvió en un chal y salió de la casa por la puerta de atrás. Saludó con un gesto al señor Basu, que estaba preparando el huerto para plantar hortalizas de primavera, y abrió la verja para adentrarse en el parque del pueblo, Ivy Green. El mundo despertaba del invierno: la hiedra y el musgo reverdecían, podían verse brotes en las ramas y los arrugados tallos de ruibarbo serpenteaban, llenos de capullos, por la soleada pared. En la distancia, oyó por primera vez en el año el canto de las alondras. Ivy Green se acercaba a la primavera a ojos vistas. Se detuvo un momento para aspirar aire limpio y fresco, sintiendo que tal vez ella se acercaba también a algo nuevo y mejor.

Un hombre y una niña pequeña entraron en el parque, justo delante de ella. Sorprendida, reconoció al señor Drake y a Alice, la antigua alumna a la que a punto estuvo de adoptar como si fuera su propia hija. Los dos caminaban de la mano, con abrigo y gorro, hablando animadamente. Alice rio por algo que dijo el hombre. Mercy se quedó quieta, conteniendo el aliento y contemplando la escena con una extraña mezcla de sentimientos: alegría y una dolorosa sensación de pérdida casi a partes iguales. Pero quería tanto a la pequeña que solo podía desearle una felicidad completa en su nueva vida.

Alice volvió la cabeza y en su cara se dibujó una radiante sonrisa.

—¡Señorita Grove! —gritó, al tiempo que la saludaba con la mano. Miró un momento al señor Drake e inmediatamente se soltó de su mano y corrió hacia ella. Apenas percibió una mínima sombra de la antigua desconfianza de la niña. Sus mejillas, con esos hoyuelos infantiles y alegres, parecían un poco más rosadas de lo que recordaba.

Mercy, como era su costumbre, se inclinó para situarse a la altura de la niña de ocho años. Se dio cuenta de que tenía que agacharse un poco menos que antes.

—¡Alice, querida! ¡Qué alegría me da verte! Tienes un aspecto estupendo, y has crecido mucho.

—Sí. El señor Drake también dice que este invierno he crecido.

—¡Desde luego que sí! Me gusta tu abrigo. No te había visto con él.

—Es nuevo. Y también el vestido y el gorro. Me los ha hecho mi abuela.

—¿Tu abuela?

—Se refiere a mi madre —precisó James Drake, que se había acercado a ellas—. Le ha pedido a Alice que la llame así, e insistió en que la lleváramos a una modista especializada en abrigos mientras estábamos por allí.

—Bueno, pues tienes un aspecto estupendo.

Por el otro lado de la plaza se acercaban otras dos chicas que iban del brazo. Al verlas, a Alice se le iluminaron los ojos.

—¡Son Sukey y Mabel! ¡Cuánto las he echado de menos! Y a Phoebe también, por supuesto.

Phoebe y Alice habían sido las alumnas más jóvenes de Mercy, y eran muy amigas. Pero después de cerrar su escuela, el padre de Phoebe, que era viajante de comercio, había llevado a su hija a otra escuela de su ruta habitual.

—¿Puedo ir a hablar con ellas? —preguntó la niña.

—Pues claro... —Se detuvo y miró al hombre—. Si al señor Drake no le importa, por supuesto.

—No, en absoluto. Ve a saludar a tus amigas, e invítalas a tomarse un té con nosotros en la panadería.

Alice salió corriendo. El señor Drake la miró mientras se alejaba, con una sonrisa en su agradable y atractivo rostro. Cambió el gesto cuando se volvió hacia Mercy.

—Y hablando de invitaciones, señorita Grove, me gustaría que viniera a Fairmont House para ver la nueva habitación de Alice, y podría cenar con nosotros. Sé que a Alice le gustaría mucho... y a mí también.

La mujer dudó. Se acordó de la conversación que habían tenido en diciembre, sobre todo de una frase: «Espero que usted y yo podamos pasar más tiempo juntos, señorita Grove. Y con Alice, naturalmente. Creo que sería bueno para ella ver que no somos enemigos, sino todo lo contrario». No obstante, habían pasado muchas semanas desde su última visita, exceptuando cuando fue a recoger a Alice y su equipaje, por lo que llegó a sospechar que había cambiado de opinión.

Él bajó la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados.

—Me imagino que estaría esperando desde hace tiempo una invitación, pero supongo que entenderá que quisiera darle tiempo a Alice para que se acostumbrara a su nuevo entorno, y también a mí. Egoístamente, no quería tener que competir por su afecto, pues me temo que, si eso pasara, saldría ganando usted.

—No lo sé... Alice parece muy contenta.

—Me alegra oír eso.

—¿Cómo van las cosas con sus padres? ¿Lo han pasado bien en Navidad?

—Sí, claro que sí... después de que superaran la conmoción inicial, por supuesto. Y ahora a mi madre le encanta estar con Alice.

—¡No sabe cuánto me alegro! Alice nunca ha disfrutado de abuelos. O por lo menos de abuelos cariñosos.

—Bueno, mi padre tampoco es demasiado cariñoso, pero mi madre lo es por los dos. —Paseó la mirada por el pequeño parque y bajó la voz—. Sé que esperaba que los orígenes de la niña permanecieran en secreto, pero mis padres en ningún momento se creyeron que fuera hija de unos amigos. Se han dado cuenta de que se parece mucho a mí, y más todavía a mi hermana.

—¿Y se lo ha dicho usted a Alice?

—Pues... oyó nuestra conversación sin que nos diéramos cuenta y me lo preguntó directamente. Así que decidí contarle la verdad.

Mercy sintió frío de repente y se apretó un poco el chal.

—Entonces, ¿la va a reconocer abiertamente?

—Sí. Creo que es lo más justo y adecuado.

—¿De verdad cree que será más fácil para Alice que se sepa que es su hija ilegítima en lugar de la huérfana de unos padres respetablemente casados?

Él apretó la mandíbula.

—Eso último es una ficción, señorita Grove. Una ficción que no me siento obligado a perpetuar. De hecho, he empezado a dar los pasos legales para que Alice sea mi heredera, y para que cambie su apellido y pase a llamarse Drake.

Mercy se debatía entre sentimientos encontrados.

—¿Cómo reaccionó Alice? ¿Se entristeció o se preocupó? Supongo que tuvo que afectarle, después de creer durante toda su vida que era la hija del teniente Smith.

—Al principio sí. Si lo desea, puede preguntárselo a ella misma. Pero a mí me da la impresión de que ha terminado aceptando bien la realidad.

«Puede que eso sea lo mejor», pensó Mercy. Mejor que fuese reconocida en vez de adoptada por su propio padre. Esperaba que esa aceptación inicial no se transformara en rechazo con el paso de los años.

Él cambió de conversación.

—¿Y usted cómo está, señorita Grove?

—Pues... bien, muchas gracias.

Inclinó la cabeza un poco.

—Vamos, conmigo no tiene por qué fingir. Debe de estar triste por haber tenido que cerrar su escuela.

—La verdad es que me encuentro un tanto desubicada, sin saber qué hacer. Durante varios años he dedicado mi vida a la escuela. Ahora que las chicas han dejado de venir, hemos convertido otra vez el aula en un dormitorio, para mi hermano y su nueva esposa. —Sintió que le dolía el pecho al pronunciar esas palabras.

—¿Han llegado ya?

—Sí, hace dos semanas. —Estaba deseando dejar de ser el motivo de la conversación—. ¿Y usted, señor Drake? ¿Cómo va el hotel Fairmont House?

—Pues la verdad es que no va todo lo bien que yo quisiera. He estado preocupado por cuestiones más importantes, como podrá imaginar. En diciembre y en enero les di permiso a los Kingsley para que pasaran tiempo con sus familias. Y después hubo que posponer el trabajo por el frío. Afortunadamente, Alice y yo pasamos esa temporada en Southampton, donde el tiempo es mucho más benigno. —Inspiró con fuerza—. Ahora que empieza a vislumbrarse la primavera que se acerca, espero que la cosa vaya mejorando. Ya atendemos el tráfico del correo postal, y espero que pronto podamos abrir las habitaciones que aún no están en uso, aumentar la oferta de alojamiento y anunciarla públicamente. Cuando nos visite podrá juzgar por sí misma si nuestra oferta es adecuada. Estoy seguro de que el señor Kingsley estará deseando enseñarnos todas las mejoras hechas.

«El señor Kingsley...». Mercy sonrió.

—Estoy deseando que llegue el momento de visitar Fairmont House, su nuevo hotel. Solo tiene que proponer una fecha.